

Evocación de la Librería Nascimento

Su figura y su actitud eran inconfundibles. Bastante alto, prosodia extraña, voz tonante a ratos, modales pausados. Recio en todos los aspectos, don Carlos G. Nascimento era más que el dueño de una librería, más aun que el editor de tantos autores nacionales y extranjeros. Podríamos considerarlo como animador de la actividad literaria chilena en los últimos cuarenta años.

En torno a él se reunían escritores de distintas promociones y de diversas tendencias literarias y políticas. Su presencia ejercía en ellos una suerte de patriarcado. Su establecimiento de libros constituyó una verdadera peña literaria cuando el local estaba en la calle Ahumada y aún en el actual de la calle San Antonio. Allí concurrían al mediodía cuanto escritor se encontraba en Santiago y también aquellos que aspiraban a serlo o a que don Carlos les editara sus originales.

Su muerte nos ha hecho revivir en la emoción la imagen de muchos de ellos definitivamente desaparecidos. El primero que aflora en el recuerdo y uno de los más asiduos a esas tertulias fue Mariano Latorre. Se ha dicho que el maestro del criollismo fue fundamentalmente hombre de ciudad y, en especial, santiaguino, a pesar de que su literatura nada refleja ese vivir suyo en el ajetreo urbano. Llegaba jovial, ágil, elegante.

Algún tiempo, cuando en la Librería Nascimento se trasladó a su local de San Antonio, el punto de reunión fue la esquina de Ahumada con Huérfanos, junto a los escaparates de La Ville de Nice. Antes lo fue el umbral de la antigua Librería Francesa, en Huérfanos. Pero eso ya escapa a nuestros recuerdos. Era la época en que se interrumpía el tránsito por esa calle en la cuadra comprendida entre Ahumada y Estado, para que la gente se paseara por todo lo ancho de la calzada, como sucede todavía en la calle Florida de Buenos Aires.

Casi simultáneamente con Latorre llegaban Ricardo Latcham y Luis Durand. Inquieto, eufórico, sarcástico, el primero; silencioso, con su panza de hacendado, afirmado en el bastón, el segundo. Se iniciaba entonces la charla, encendida, entre la locuacidad de Latorre y Latcham, disputándose ambos el predominio de la palabra. Generalmente se imponía Latcham por su caudalosa verbosidad.

Otra de las figuras inolvidables de los contertulios de la Librería Nascimento es Domingo Melfi, el ensayista y crítico, director de "Atenea" durante varios años. Cordial, bondadoso a pesar de su aire aparentemente distante de los demás, su palabra aplacaba los ánimos, su actitud imponía respeto, porque todo en él emanaba señorío. Llegaban sucesivamente Mariano Picón Salas, Eugenio Orrego, a veces solía aparecer con su majestad sin empaque Eugenio González. Durante un breve tiempo se integró a esas reuniones el novelista José Fernández Catá, que fue Embajador de Cuba en nuestro país. Sencillo, amable, de palabra rutilante y elocuente, era el orador infaltable de los ágapes literarios. Joaquín Edwards Bello iba de cuando en cuando.

Siempre genial, tajante. Augusto d'Halmar, durante el tiempo que residió en Santiago, fue de los más importantes de los que allí asistían. Majestuoso, con majestad de obispo, y como Hernández Catá, también el orador obligado en cuanta reunión de escritores había, incluso en cualquier oportunidad en que había un auditorio dispuesto a escucharlo. D'Halmar era orador hasta en su conversación.

Eduardo Barrios iba a veces, cuando alternaba su labor de escritor con las del campo. Pedro Prado iba poco ¡Qué agradable era su compañía! ¡Qué dignidad la suya!

Raúl Silva Castro pasaba rápido, como urgido por sus investigaciones o artículos. Manuel Vega también se sumaba frecuentemente al grupo. José S. González Vera y Enrique Espinosa han sido hasta ahora de los más constantes en concurrir a la Librería Nascimento, como asimismo, hasta no hace mucho, Hernán del Solar.

En sus viajes a Santiago nunca dejaba de pasar a ver a don Carlos, don Enrique Molina, en torno al cual se formaba un círculo de simpatía y admiración; para todos tenía don Enrique una actitud amable, efusiva. Con don Carlos G. Nasci-

mento mantuvo siempre relaciones amistosas. No olvidamos que don Carlos editó durante más de 30 años la revista "Atenea" de la Universidad de Concepción, que en tantos aspectos se identifica con el espíritu de don Enrique Molina.

Las letras chilenas mucho le deben a don Carlos G. Nascimento. Casi no hubo escritor nuestro que no fuese editado por él. Samuel A. Lillo, Gabriela Mistral, Armando Donoso, Eduardo Barrios, Pedro Prado, Augusto d'Halmar, Mariano Latorre, Luis Durand, José S. González Vera, María Luisa Bombal, Marta Brunet, Pablo Neruda. Larga, larguísima, sería la lista si los mencionáramos a todos.

Lugar aparte queda don Francisco A. Encina, a quien solíamos ver en Nascimento. Bastaba oírlo un instante para quedar retenido por el calor de su palabra desbordante de erudición, impetuosa y mordaz a ratos.

Venido del viejo Portugal, arraigó en nuestra tierra y sabía de ella fecundó su empresa de difundir lo mejor de nuestro espíritu creativo expresado en la poesía, en la ficción, en el pensamiento.

Milton Rossel